

la entrada de Jesús en los cielos, cuyas puertas se volvieron á cerrar lentamente tras el Dios vencedor. María, para completar mas su sacrificio, debió quedar sola sobre la tierra, como una yedra arrancada de su raíz, pues Dios no solo quiso que hubiese tomado parte en la redencion del mundo, sino que guiase personal y visiblemente los primeros pasos de la naciente Iglesia.

Durante los diez dias que siguieron á la Ascencion, estando reunidos los apóstoles en el cenáculo, y en la mas ferviente oracion, María los animaba con su ejemplo, y recibió con ellos aquella maravillosa efusion de gracias celestiales, que tanta celebridad ha dado al dia de Pentecostés. Un viento fuerte parecia descender del cielo con violencia, que hacia retemblar el edificio: pareció una llama misteriosa que, partiéndose en varias fracciones, fué á posar sobre la cabeza de cada uno de los discípulos reunidos, símbolo de la luz y de la caridad, que muy presto debian ilustrar y alegrar al mundo.

Dos grandes acontecimientos se leen en la historia de los siglos, relativos á la palabra del hombre y á la palabra de Dios. En la confusa Babel, el orgullo de los hijos de Adan, renovando las pretenciones de éste cuando soñaba igualarse con la Divinidad, pretendia como escalar el trono del Escelso por medio de monumento gigantesco; pero Dios los confundió con el uso de la palabra. Dejaron luego de entenderse, y perdida repentinamente la razon en aquel laberinto de dialectos creados allí mismo para abatir sus planes insensatos, Dios castigó al hombre por su propia palabra. Cuando empero otros hombres, llenos del espíritu de Dios, debian poner en el mundo los cimientos de una nueva ley de amor, monumento augusto é inmortal que debía unir en realidad la tierra con el cielo, la palabra regeneradora de Dios, puesta en boca del hombre, volvió á hacerse universal: los propagadores santos del Evangelio se sienten de repente inspirados con el don de todas las lenguas. Unos hombres rústicos y sin letras se hallan trasformados por medio de un fuego divino, su pensamiento cobra desde luego las colosales dimensiones de los designios

de Dios, y su corazon se siente abrasado en aquella llama que les habia bajado de lo alto para abrazar con ella el universo. El parto y el medo, el elamita y el habitante del Ponto y de la Frigia, del Egipto y de la Libia, el culto griego, el orgulloso romano y el árabe, todos comprenden á los enviados de Dios, que por un prodigio inaudito, ó hablan una lengua universal ó hablan á la vez en todas las lenguas. El género humano, que herido de muerte en su cuna, fué dispersado y como arrojado á distintos puntos para regar con sus lágrimas las diversas regiones de su destierro, vuelve á reunirse ahora en una sola familia, despues que el nuevo Adan, dándole el ósculo de paz á costa del sacrificio de sí mismo, hubo vuelto á su Padre, para hacer descender al Espíritu de Dios sobre la tierra y animar con su suplo vivificante el nuevo hombre espiritual que habia creado. El descenso del Espíritu Santo completa esta segunda creacion: Él separa la luz de las tinieblas; Él arroja sobre la tierra las nuevas generaciones de vivientes por la fé y por la caridad; Él coloca al hombre rescatado y amigo de Dios en el nuevo paraíso de la Iglesia, reflejo del paraíso inmortal, para que el hombre fué creado, y con el cual ha de venirse á unir al fin de los tiempos.

¿No escuchais el estrépito sordo con que descende la sagrada llama para derretir el hielo de nuestro corazon y abrazarle en el amor divino? ¿No veis postrada la dócil y conmovida grey al ruido santo con que se renovó la faz de la tierra? ¡Ah! ¡cuán férvida ha de ser la esperanza, cuando el Espíritu de Dios, el Amor por esencia, viene á fecundar con su soplo omnipotente los gérmenes de virtud y santidad que el Verbo enviado por el Padre vino á esparcir sobre el mundo! ¡Ese mundo árido, que tanto necesita de los raudales de la gracia, ese mundo de hielo, que tanto necesita de la llama regeneradora, ese mundo corroído en sus entrañas por el doble cáncer del orgullo y del deleite, que con tanta ansia espera una palabra de salud!

Lo restante de la vida de María nos es del todo desconocido: creese sin embargo, segun tradiciones admitidas en el siglo IV de

la Iglesia, que permaneció por algun tiempo en Jerusalem, y despues siguió á San Juan á Efeso, su hijo adoptivo. Dios respetó la discrecion y la modestia de esta existencia tan elevada y tan pura, cubriéndola con el velo del silencio: los hombres pueden meditarla, pero no expresarla por medio de palabras. La comun doctrina de los antiguos Padres es que los ejemplos, las súplicas y la conversacion de María fueron la luz y el valor de los apóstoles, y atrajeron las bendiciones de Dios sobre la naciente sociedad de los cristianos. La opinion mas recibida es que ella murió en Efeso, en una edad muy avanzada.

Cuando el Sol de justicia, segun la bella imagen de Orsini, se habia ya encubierto en el sangriento horizonte del Gólgota, la Estrella de los mares continuaba reflejando sus dulces rayos sobre el mundo renovado, y ejercia sus benignas influencias en la cuna del cristianismo. No hay duda que la presencia de la Madre del Salvador debió influir poderosamente en los progresos de la primitiva sociedad cristiana, y que la Esposa del Espíritu Santo contribuyó mucho á la consolidacion de la Esposa del Cordero. ¡Con qué confianza y amor irian los apóstoles á deponer á los piés de María los precoces frutos de sus conquistas! ¡Con qué fervor y santo entusiasmo recibirian su bendicion para correr despues hasta los últimos confines del mundo á predicar á su Hijo crucificado! María tuvo que sufrir ya los efectos de la terrible persecucion que por primera vez se levantó contra los cristianos el año 24 del Señor. Alcanzó, pues, á María el tenaz furor de esta persecucion sistemática contra la Iglesia, que ora en torrentes de sangre, ora en hálitos pestíferos de error y de corrupcion, debia perpetuarse en el mundo por tantos siglos, que ha llegado hasta nosotros, la agonía del mundo, la prueba y la gloria de los escojidos de Dios.

Nada tiene de extraño que no hayan quedado memorias acerca de la vida de María, pasada léjos de Jerusalem, en tierra extraña, y sin hecho alguno estrepitoso que la hiciera memorable. María habia llegado ya al colmo del heroismo, participando del honor y de la obra de su divino Hijo, y sus dias, despues pasados

en la oracion y en la secreta comunicacion con el cielo, no fueron mas que un prolongado suspiro hácia la eternidad.

El moderno historiador de María traza deliciosamente la mansion de María en Efeso, y su saludable y poderosa influencia, tanto en los progresos de la Iglesia en aquella region, como en ciencia maravillosa que se descubre en el Evangelio del discípulo amado, el Águila del libro de la Revelacion. Ved ahí uno de sus graciosos cuadros.

“¡En cuántas ocasiones, sentadas á la sombra de un plátano, á orillas del delicioso mar Icaro, cuyas olas espiran al pié de los mirtos, en un estrecho arenal, María y la Magdalena, al seguir con la vista una galera griega que dirijia hácia la Siria su proa, evocaron las memorias del país natal! Entónces eran asunto de sus conversaciones las inmaculadas nieves del Líbano, las azuladas cimas del Carmelo y las vivas aguas del lago de Tiberiádes; alternativamente se les representaban los lugares de la patria, embellecidos con la distancia, que les parecian mil veces preferibles á la voluptuosa y risueña Jonia, que era con efecto, comparada con la tierra de Jehová, lo que la lira de Anacreonte en parangon con el arpa de David.”

Supone este autor que María quiso ver, ántes de morir, los lugares de la Redencion, y respirar otra vez los dulces aires de su patria. Hé aquí cómo traza el bello viaje de su vuelta á la Palestina:

“Embarcáronse los pasajeros, no en Esmirna, entónces insignificante y pobre poblacion arruinada por los Lidios, sino probablemente en Mileto, á cuyo famoso puerto concurrían á encontrarse las galeras de Europa y Asia que navegaban en aquellas aguas. En su travesía por los mares de la Grecia, la Virgen y el Evangelista reconocieron al paso la isla de Chio, cuyo pueblo, en posesion por mucho tiempo del imperio marítimo, introdujera el odioso tráfico de esclavos, tráfico que el Evangelio iba á abolir lentamente, luego á Lésbos, patria de los poetas líricos, donde los himnos á la purísima Virgen debían suceder á las odas eróticas de

Safo y á los cantos mas robustos de Alceo. Al ver encubrirse en las nubes el remate del templo de Esculapio, que atría á la isla de Cos un inmenso concurso de extranjeros; la Madre del Salvador acordóse de su divino Hijo, que único en la tierra habia poseído el poder de aplacar las dolencias físicas y morales, y de arrebatarse su presa á la muerte. Délos, cuando Apolo, Ródas que lo fuera de Júpiter, levantábanse sucesivamente del seno de las aguas, con sus verdosos montes y sus antiguos templos, poblados de dioses que muy pronto habia de relegar á los infiernos el Dios crucificado en el Gólgota. A poca distancia de Chipre, distinguíase en la region de las nubes un punto negro que en el brillante azul del cielo se dibujaba; era el monte donde antiguamente erigiera el profeta Elías un altar á la futura Madre de Cristo, y en el cual se hallaban sus discípulos en el momento de acojerse á su benéfica proteccion. Al día siguiente la galera entraba á fuerza de remo en un puerto de Siria, tal vez el de Sidon, cuyas relaciones de comercio con la Palestina eran bastante extensas, segun refieren los sagrados libros.

Apénas llegaron los viajeros á Jerusalem, retiróse la Virgen al monte Sion, á poca distancia del palacio ruinoso de los príncipes de su familia; á la casa santificada por la venida del Espíritu Santo. Separóse de ella San Juan, para ir á participar á Santiago, primer obispo de Jerusalem y á los fieles que componian su Iglesia, á la sazón numerosa, que la Madre de Jesus volvia á su lado para morir."

Asegura igualmente la tradicion que María murió rodeada de los apóstoles, que por divina inspiracion se hallaron reunidos alrededor de su lecho. María no sucumbió por la debilidad de la naturaleza, sino por un esfuerzo de amor divino.

Inspirados á un mismo tiempo los apóstoles que estaban diseminados por el globo para enarbolar la Cruz en todos los confines de la tierra, vienen en torno del lecho de gloria. Pedro estaba á la sazón en Egipto, Pablo en Efeso con sus discípulos, Andres en Acaya, Tomas en el centro de la India, Bartolomé en la América

mayor, Mateo en Etiopia, Simon Zelote en Mesopotámia, Júdas Tadeo en Arabia, Matías, Juan y Santiago el menor en la Judea, pues el Mayor y Felipe no existian ya en la tierra. Reunidos en el cenáculo, se asombran de verse otra vez congregados para presenciarse la muerte de la Madre del Crucificado á quien anunciaban á los hombres.

El tránsito de María fué un dulce sueño, un rapto suave de amor divino. La muerte vencida ya por el Hijo, se acerca con respeto á la Madre; la reconoce fuera de su dominio, porque no halla en ella sombra de aquella culpa que sujetó á su hoz devastadora la condenada progénie del hombre pecador. María muere sin amargura. Su corazón habia muerto ya mil veces en el Calvario y en las agonías de la Cruz. Su vuelo á la eternidad no debia ser mas que un éxtasis delicioso.

La Iglesia canta el triunfo de María, y aprueba como una piadosa creencia la de la resurreccion de su cuerpo, cuya certitud reconoce la ilustrada piedad de casi todos los Santos Padres. Parece que el estático Juan la descubrió ya entre sus arcanosas visiones, en aquella mujer *vestida del sol, con la luna á sus piés y coronada de estrellas*. El profeta Rey exclamaba ya lleno del Espíritu de Dios: *Resucita, Señor, para tu descanso, tú y el Arca de tu santificacion*. No hay sentimiento, dice el grande Agustino, que pueda considerar sin horror que el cuerpo de María fuese entregado á la corrupcion. María, pues, resucitó como su Hijo divino; la piedad lo cree, la razon lo autoriza: los hijos de la Iglesia cantan en himnos ese doble triunfo.

En los primeros siglos del cristianismo se celebraba ya el misterio de la Asuncion de Nuestra Señora, como lo afirman San Atanasio y San Gerónimo, que florecieron en el cuarto y quinto siglo de la Iglesia. La Ascencion de Jesucristo fué por su propia virtud, como poder exclusivo del Criador, pero la Asuncion de la Criatura que mas se acercó á la Divinidad, fué por la virtud de la gracia, y por el ministerio de los espíritus celestiales que la aclamaron por su reina y por la mas inefable de las criaturas. La

Ascension de Cristo, dice el doctor meliflúo, fué mas poderosa en la majestad, pero la Asuncion de María mas solemne en la pompa. Las regiones inmortales debian abrirse y recibir con júbilo y asombro á la Virgen sin mancha que habia llevado encerrada en su seno la inmensa Divinidad del Criador.

En cuanto á la edad en que murió hay alguna discrepancia entre los autores. Eusebio la fija en el año 48 de nuestra era; así que, segun su opinion, vivió María 68 años. Asegura Nicéforo que terminó sus dias el año quinto del reinado de Claudio, es decir, el año 798 de Roma, 45 de la era vulgar. Y suponiendo que la Virgen tuviese 16 años cuando nació el Salvador, habria vivido 61 años. Hipólito de Thebas sienta en su crónica, que María parió á los 16 años y murió 11 despues de Jesucristo. Segun los autores del *Arte de verificar las datas*, la Virgen habria muerto á los 66 años. Y últimamente en una obra aprobada en Roma y presentada á la santidad de Gregorio XVI, se afirma que María Santísima vivió sobre la tierra 72 años, segun la opinion mas generalmente recibida en la Iglesia.

La castidad que habia preservado su cuerpo de todo ataque de culpa durante la vida, la protejió contra la corrupcion del sepulcro como con un aroma de inmortalidad. El sentimiento de humildad que tuvo siempre de sí misma, fué el principio de su elevacion y el pedestal de su gloria. Así que, se ha dado el nombre de sueño ó de reposo á los cortos instantes que sus restos mortales pasaron en el sepulcro. Salió de este sueño y de este reposo para ser llamada despues á la felicidad del cielo, reina de los ángeles no ménos que de los hombres. La memoria de esta misteriosa resurreccion es celebrada por una fiesta que sobrepuja en solemnidad á todas las fiestas de la Virgen María, y es querida con particularidad de la Francia, así como España celebra muy especialmente la Concepcion sin mancha. Así estas dos grandes naciones católicas honran á María en los dos grandes misterios, que no siendo aun designados como dogmas de fé por la Iglesia, (1) ostentan mas al

(1) A la fecha, es dogma de fé, declarado tal por el gran Pontífice Pio IX, la Immaculada Concepcion de María Santísima, que la Iglesia católica celebra en todo el orbe con inusitada pompa.—(Nota del editor.)

alivo la afectuosa piedad y el tierno entusiasmo de estos dos pueblos amados de María.

El templo celeste  
De bóveda inmensa  
Abrese, y suspensa  
La angélica grey,  
Armónica tañe  
Sus cítaras de oro,  
Aguardando en coro  
La esposa del Rey.  
Inundan la esfera  
Torrentes de gloria:  
La nueva victoria  
Cual himno sonó;  
Y el cantor de Pathmos,  
Pulsando su lira,  
Atónito mira  
A aquella que vió  
Del sol revestida,  
Y á sus plantas bellas  
La luna, y estrellas  
Su sien coronar.  
Y entrar en el templo  
Do Jehová posa,  
Y el arca preciosa  
Servirle de altar.  
Los que en las alturas  
Del cielo moraron,  
Y no se apartaron  
Del trono eternal,  
¿Quién sube? preguntan,  
Velando su cara,  
¿A quién Dios prepara

Su sólo real?

Y absortos oyendo

El himno á María,

Su voz de armonía

Vuela cual la luz:

Y á la Madre Virgen

Del Verbo Humanado,

De soles crinado

Recibe Jesus.

Ministros celestes

Su frente inclinando,

La reina aclamando

Con himnos de amor,

Profetas y reyes

Cantan la *escogida*,

Del jardin de vida

La mas bella flor.

Cantan la que pura

No tocó el delito,

A la que al precito

Vencedora holló.

Y la que humillada

Cual sierva obediente,

A altura potente

Dios trino ensalzó.

Cantan la que herida

De tormento fiero

Vió sobre el madero

Al Hijo espirar.

Y en madre del hombre

Tambien convertida,

Su esperanza y vida

Dejóse invocar.

Que del Dios airado

Toma el rayo ardiente:

*Hijo mio, tente*

*Que mis hijos son.*

Y el voto recibe

Del hombre aflijido,

Y el hondo gemido

Que clama ¡perdon!

¡Inmortal triunfo

Que los cielos llená!

¡Inmenso resuena

Su nombre de amor!

¡La gloria la munda,

Los astros la visten,

Los coros la asisten,

La abraza el Señor!

Una de las pruebas que se dan para probar la Asuncion de María, es el que ni latinos ni griegos, tan amigos de novedad y tan fáciles de persuadir en materias de religion, de relaciones y de leyendas, ni pueblo, ni ciudad, ni iglesia, se han gloriado en ningún tiempo de poseer despojos mortales de la Santa Virgen, ni parte alguna de su cuerpo. Así que, la Iglesia, sin prescribir la creencia de la Asuncion corporal de María al cielo, dá á entender lo bastante á qué opinion se inclina. Los dos misterios de la Concepcion y de la Asuncion se dan, por decirlo así, la mano: la carne purísima debió ser al propio tiempo incorrupta; y como María se remontaba al período de la inocencia original en el momento de su existencia, así despues de ella debió correr la suerte de los esposos afortunados del Eden, si se hubiesen conservado en la inocencia, pues una de las dotes de la criatura racional ántes del pecado era la incorruptibilidad. Toda la fuerza pues de las razones en que se apoya la pía y admitida y ya no impugnada creencia de la Concepcion sin mancha, apoyan y sostienen la muerte sin corrupcion.

En la aldea de Gethsemaní, cerca del jardín de los Olivos, se conserva el sepulcro de la Santa Virgen, que es una capilla subterránea, á donde se baja por una escalinata de cincuenta gradas, ancha y espaciosa. El sepulcro se halla en la parte oriental del crúcero de la pequeña iglesia. Hacia la mitad de esta se halla á un lado el sepulcro de San José y al otro los de San Joaquin y Santa Ana. Todas las comuniones cristianas tienen allí un oratorio á donde van á rogar, y hasta los mismos turcos llevan allí sus homenajes á la Hija de Abraham. Parece que el sepulcro pertenecía á los católicos, pero, segun aseguran los *Anales de la propagacion de la fé* (Tomo 28), se halla actualmente en manos de los cismáticos que lo han usurpado á los latinos.

Despues del nombre del Salvador del mundo, no hay otro mas grande que el de María. Así es que á ella se ha dirigido con amor la confianza de los cristianos, y solo la ignorancia ó la mala fé pueden contestar la antigüedad y el brillo del culto tributado á la Madre de Dios. Ella fué honrada en las catacumbas, en donde su nombre y su imájen aparecian al lado de los del Salvador. Los grandes obispos de los primeros siglos, la glorificaron con elogios que la piedad de los tiempos modernos no ha podido superar. Miéntras que la emperatriz Helena visitaba á Belen, á Nazareth y á los Santos Lugares, levantaba á su tránsito santuarios al Hijo de Dios y á la Virgen María; el nombre de la Hija de David era pronunciado en discursos inmortales por hombres de un génio y de una fé incomparable. Muy pronto se le consagraron altares en la cima de las montañas, en el fondo de los valles, de un extremo al otro del universo. Los emperadores de Oriente colocaron su venerada cifra sobre sus estandartes; los concilios la invocaron como su esplendorosa lumbrera, y se le dedicó, con aplauso del mundo, el templo que Roma pagana habia consagrado á todos los dioses. Ella fué el dulce objeto de la devocion de la edad media, que multiplicó sobre la madera, el oro y el mármol la imájen de Nuestra Señora.

España tiene la gloria de descollar en el culto de María sobre

todo el mundo cristiano, como la nacion predilecta de la Divina Madre. Dos monumentos eternos se levantan, uno en el siglo I, y otro en el XIII, para perpetuar la memoria del amor de María á los españoles, y de estos á la Reina de los cielos. El primero de estos monumentos es anterior á la muerte de María, miéntras respiraba aún sobre la tierra. El otro recuerda las bondades de María en la época de la mayor calamidad.

Al feliz hijo del Zebedeo, Santiago el Mayor, fué confiada por el Salvador la mision de propagar en las provincias de la Hesperia su celestial doctrina. Despues de haber pasado por Asturias y Castilla, pasó á la España menor, en la region de los Celtíberos, en donde se levanta la ciudad de Augusto á las riberas del Ebro. Retirado allí con algunos fieles convertidos, y huyendo de las abominaciones con que un mundo idolátrico manchaba la luz del dia, elevaba en medio del silencio de la noche su pura plegaria, para que el Señor se dignase derramar la luz de su fé sobre este suelo privilegiado. Una tradicion no interrumpida, apoyada en un documento respetable de la antigüedad, nos dice que el Santo Apóstol fué visitado personalmente por María, Reina de los ángeles, que respiraba aún en la tierra, apareciéndosele sobre una columna con toda la magestad de la gloria, dejando la columna como un monumento eterno de su predileccion sobre este pueblo, y manifestando sus deseos de que allí mismo fuese venerada, é implorada su proteccion suprema. Atónito el Apóstol, obedeció puntualmente á las palabras de la Madre de su Divino Maestro, cuya bendicion habia recibido ántes de partir de Jerusalem; y levantó allí mismo una capilla, que fué el primer templo consagrado á María sobre la tierra, y en el cual los desgraciados invocaron su dulcísimo nombre. Erijóse despues allí la suntuosa basílica que admiramos aun en el dia. Alguna vez hemos contemplado de noche ese santuario célebre, á cuyo lado se oia el murmullo de las corrientes del Ebro. Elevábase el pensamiento hácia aquella noche afortunada, en que la Emperatriz de los cielos honró con su presencia este dichoso suelo, y apareció en pié sobre esa colum-

na que ha visto pasar tantos siglos y que ha recibido los besos y homenajes de tantas generaciones. Este destino particular de la nacion española, confirmado por tan extraordinario portentoso, arrebató la imaginacion y hace latir el pecho. El pilar de María es como la columna del Desierto: de luz para la porcion escogida de su pueblo, y de tinieblas para aquellos á quienes ciega el orgullo del corazon. Los sumos pontífices han concedido á los piadosos españoles un dia para celebrar anualmente ese recuerdo de gloria, y la nacion predilecta de María lo celebra con júbilo general. La columna de María es un símbolo de su proteccion sobre España, y un símbolo tambien de la fé que no se extinguirá en nuestro suelo, puesto bajo el amparo de María. ¿Y qué otra cosa es Fé en las naciones, sino una columna que las sostiene y conserva al través de los trastornos y de las ruinas de los imperios, así como para cada uno de nosotros es la columna misteriosa que nos guía hácia una patria prometida y suspirada, al través del árido y peligroso desierto de la vida?

La corte de Ataulfo, cuna de los ilustres Berengueres, silla de sus condes, reyes de Aragon, la grande metrópoli del antiguo comercio, la madre de la industria española, la ciudad grande en su actividad y en sus recuerdos, la ciudad cuya grandeza nace de su propio génio, y que sería aun mas grande si se le dejara ser lo, la bella y celebrada Barcelona, tiene la gloria de recordar hoy en sus anales una de las páginas mas brillantes de la historia del cristianismo, en los siglos de su mayor amargura y afliccion. No es la primera vez que decimos, y hoy es fuerza repetirlo, que Barcelona fué la primera ciudad considerable de España en sacudir el yugo del árabe invasor; y á principios del siglo XIII, cuando ella respiraba libre, la mayor parte yacia cautiva del orgullo mahometano. Habia á la sazón en la ciudad tres grandes personajes, entre otros dos varones eminentes en santidad, y un jóven rey, á quien por su prudencia y valor indomable se dió despues el nombre de Jaime el Conquistador. Reunidos en la santa Iglesia de esta ciudad el rey con toda su corte y magistrados y toda una

generacion de nuestros ascendientes, sube al púlpito un santo doctor, y publica una vision misteriosa que él ha tenido y otros dos con él. Despues del ofertorio, el rey y el santo orador toman de la mano á otro santo y le presentan al prelado, de cuyas manos recibe este último el hábito blanco y el escapulario de la orden que vá á fundarse, orden á la vez real, militar y religiosa; el real fundador pronuncia los tres votos solemnes, y añade otro..... ¡Oh! ¡qué voto el de implorar de continuo los auxilios de los fieles, para redimir los cristianos cautivos, y el de quedarse cautivo por ellos si lo exige la necesidad! El generoso fundador cede una parte de su palacio para fábrica del primer convento: los caballeros redentores llevan sobre su pecho las armas ya salvadoras de Aragon, y para decorar el doble escudo, Barcelona añade la cruz blanca de su Iglesia.

¿Y qué patriarca ha instalado el primero este sagrado instituto de héroes cristianos, que no contentos con arrancar de las garras del invasor el suelo precioso de las Españas, pretenden con todos los afanes de la caridad y á costa de su propia libertad, mas preciosa que la vida, penetrar hasta la morada del dolor y del cautiverio, enjugar su llanto y dar rescate al oprimido cristiano, para volverle á los brazos de su familia y al dulce aire de la patria? ¿Qué ángel del cielo pudo inspirar á la tierra una beneficencia tan inaudita, que en el orden puramente humano, merece compararse con el del mismo Redentor de la cautiva humanidad? ¡Ah! no puede ser otra la inspiradora que la Madre misma del grande Redentor. María escoje ese punto del globo, y esos hombres que en él habitan, para fundar su orden de Redencion; María es la que elije á Barcelona entre todas las ciudades del universo para instituir esa caballería de religion y de gloria que descuella entre todas las demas instituciones benéficas y salvadoras. Barcelona es, pues, la ciudad de María por excelencia, y esta *merced* insignie con que la distingue la Madre del bello Amor, personificado en su imágen de tan hermosos recuerdos, es el título mismo con que hoy la invoca toda la Iglesia militante, para que se perpetúe en todos